



XIV

Separación

AL día siguiente de los sucesos que acabo de narrar, á mediodía, la calesa y la britchka estaban á punto de marcha frente la puerta de la casa. Nikolai iba en traje de camino, eso es, con los pantalones dentro de las altas botas y un viejo caftán bien apretado al cuerpo por un cinturón. Estaba de pie sobre la britchka, arreglando las mantas y los almohadones de los asientos. Cuando creyó que estaban á la debida altura se sentó encima y á fuerza de algunos golpes los fué allanando.

—En nombre de Dios, Nikolai Dmitritch, puede que quepa todavía en vuestro coche este paquete del amo?—dijo el criado de papá, sacando la cabeza por la ventanilla de la calesa—es tan pequeño!...

—Debiste decirlo antes, Mikhei Ivanitch,—respondió Nikolai vivamente; y con rabia lanzó al fondo de la britchka y con todas sus fuerzas un grueso paquete.—Os juro que tengo trastornada la cabeza y venís todavía con vuestros paquetitos,—añadió quitándose el casquete y enjugándose el sudor que resbalaba por su morenida frente.

Los criados de la casa, unos en caftán y otros en blusa, todos descubierta la cabeza, y las mujeres vestidas con telas de indiana, con niños en los brazos mientras otros corrían descalzos entorno de todos ellos, estaban agrupados junto á la puerta mirándolo todo

y hablando animadamente. Uno de los postillones—uno muy viejo, muy encorvado, cubierta la cabeza con un gran casquete de invierno—estaba examinando con suma atención todo el juego de la calesa, mientras otro,—un hombre joven y vigoroso, que iba en mangas de camisa, la cual llevaba remendada en los codos con tela encarnada, cubierta la testa con un gran fieltro negro, que se echaba ora sobre una oreja, ora sobre la otra para mejor rascarse sus rubios bucles—puso su garibaldina sobre el asiento, dejó á un lado las riendas, y haciendo chasquear el látigo miraba tan pronto á la punta de sus botas como á los cocheros que estaban engrasando la britchka. Uno de éstos, con gran esfuerzo levantaba el carruaje, mientras el otro, medio echado debajo de la rueda, engrasaba cuidadosamente el eje... y para no perder la grasa que le quedaba en la brocha engrasó también la llanta de las ruedas. Los caballos de posta, verdaderos rocines, de todos colores y cataduras, estaban cerca de la verja, y agitaban melancólicamente la cola para espantarse las moscas. Unos, estirando sus patas gruesas y velludas, cerraban los ojos y se dormían; otros, para pasarse el fastidio, se entretenían frotándose mutuamente ó bien masticaban hojas y brotes de una planta trepadora que crecía junto á la puerta de la casa y era de un verde oscurísimo. Los lebreles, estaban unos tendidos al sol y suspirando pesadamente, mientras otros andaban buscando la sombra de la calesa y de la britchka, lamiendo golosos la grasa de sus ejes. El aire llegaba cargado de polvo; el horizonte era de un tinte violeta gris, pero en el cielo no se descubría la más pequeña nube. Un fuerte viento del oeste levantaba en la carretera y en los campos verdaderos torbellinos de polvo, doblaba la cima de los elevados tilos del jardín y se llevaba lejos las hojas amarillentas que se desprendían de las ramas. Sentéme junto á la ventana, aguardando que se acabase con tantos preparativos.

Cuando estuvimos todos reunidos entorno de la mesa redonda del salón, para vernos juntos por la última vez, en lo menos que pensaba era en el momento de profunda tristeza que á todos nos aguardaba. Los más fútiles pensamientos sentía agitarse en mi cabeza. Me preguntaba, como si se tratase de cosas realmente importantes: Cuál será el cochero que guíe la britchka, y cuál el que venga en la calesa? Quién irá con papá, y quién con Karl Ivanovitch? Por qué se habrán empeñado en abrigarme tanto, para ponerme encima todavía un gran peludo? Soy yo tan delicado? O es que correremos peligro de helarnos? Bah! lo que interesa es que acabe todo pronto... que subamos á los coches y partamos...

—A quien me mandáis que entregue la lista de la ropa interior

de los niños?—preguntó Natalia Savichna, que entraba en aquel momento con los ojos llenos de lágrimas y dirigiéndose á mamá.

—Dadla á Nikolai, y venid enseguida á despediros de los niños.

La buena vieja quiso decir algo; pero inmediatamente se detuvo, escondió el rostro en el pañuelo, y haciendo con la otra mano un ligero ademán, salió de la estancia. Al ver llorar á la anciana, se conmovió mi corazón, pero la impaciencia que sentía pudo más que ese sentimiento, y volviendo á mi indiferencia, continué escuchando la conversación que tenían papá y mamá. Hablaban de cosas que evidentemente ni al uno ni al otro interesaban: Qué falta comprar para la casa? Qué diremos á la princesa Sofía y á *madame* Julia? Cómo estarán los caminos?

Apareció entonces Foka, y en el mismo tono con que anunciaba: «la comida está servida» dijo deteniéndose en el dintel de la puerta: «Los carruajes están á punto». Observé entonces que mamá hizo un movimiento de sorpresa y palideció horriblemente al oír esas palabras, como si no las hubiese esperado.

Se dió orden á Foka de que cerrase todas las puertas y ventanas del salón. Esto me divertió no poco, pues pensaba: «Diríase que nos hemos de esconder de alguno».

Cuando estuvimos todos sentados, Foka se apoyó también en el borde de una silla, pero en aquel preciso momento rechinó la puerta, y todos nos volvimos, viendo entrar casi corriendo á Natalia Savichna, quien, sin levantar siquiera los ojos, vino á sentarse cerca de la puerta, en la misma silla de Foka. Veo todavía la cabeza calva, el rostro arrugado é inmóvil de Foka, junto al rostro todavía lleno de vida de la buena Natalia, con su cofia por debajo de la cual se escapaban



sus cabellos grises... Los dos sentados en la misma silla, y los dos como si estorbases el uno al otro.

Yo continuaba en mi estado de indiferencia, más impaciente que otra cosa: los diez segundos que estuvimos con las ventanas cerradas me parecieron á mí una hora interminable. Por fin, levantáronse todos, hicieron la señal de la cruz, y las despedidas comenzaron. Papá abrazó á mamá y la besó diferentes veces.

—Vamos, amiga mía!—dijo—que no nos separamos por todo un siglo.

—No obstante, es cosa muy triste!—dijo mamá con los ojos llenos de lágrimas.

Al oír su voz, al ver cómo temblaban sus labios balbucientes y al contemplar las lágrimas que surcaban sus mejillas, olvidé de pronto todas mis impaciencias... Sentí una tan inmensa tristeza, llenó mi alma tan profundo dolor, mezclado con el temor vago de no sabía qué, que hubiera preferido huir antes que despedirme de mi madre. Pero comprendí en aquel momento, no sé cómo, que al besar á papá, nos había también besado á nosotros.

Había ya dado tantos besos á Volodia y había hecho sobre su rostro tantísimas cruces, que—creyendo que había llegado mi turno—me adelanté; pero seguía bendiciéndole todavía y apretándole contra su pecho. Por fin, me acerqué á ella y la besé, abrazándome con todo su cuerpo, y lloré, lloré mucho, sin pensar entonces más que en mi gran dolor.

Al salir para bajar al jardín, nos hallamos en la antecámara á toda la servidumbre enojosa, aguardándonos en fila para despedirse. Sus «dadme la manecita si os place», sus sonoros besos en el hombro y el olor de grasa de sus cabellos, excitaban en mí poco menos que asco. Todavía bajo la influencia de este sentimiento, besé con extraordinaria frialdad la cofia de Natalia Savichna, cuando llena de lágrimas se bajó un poco para besarme á mí.

Cosa bien rara, veo todavía los rostros de los domésticos con tal precisión que podría dibujarlos todos, aún en sus menores detalles; pero el rostro y la actitud de mamá escapan del todo á mi imaginación, lo cual depende, sin duda, de que, mientras duró la despedida, ni un solo momento me atreví á mirarla frente á frente. Parecióme que si la miraba, su dolor y mi dolor llegarían á traspasar los humanos límites.

Me metí el primero en la calesa, y me coloqué en el fondo de todo. Con la capota levantada bien poca cosa podía ver, pero un secreto instinto me decía que mamá estaba todavía allí...

«La miraré por última vez, ó no?... Ea! por última vez» me dije, y me abalancé fuera de la calesa, hacia el portal de la casa. En aquel momento, mamá, sin duda con la misma idea de verme por la última vez, acercóse á la parte opuesta de la calesa, y me llamó. Al oír su voz á mi espalda, me volví tan bruscamente que nuestras cabezas chocaron. Ella se sonrió con infinita tristeza y me besó por última vez, pero muy fuerte, muy fuerte...

Cuando habían dado ya los caballos algunos pasos, me decidí



XV

La infancia

FELIZ, feliz época la de la infancia para siempre desaparecida! Cómo no amarla, cómo no estar siempre acariciando su recuerdo? Su recuerdo ha refrescado y reconfortado muchas veces mi alma y ha sido la fuente de mis alegrías más puras...

Después de haber estado todo el día corriendo hasta fatigarme, vengo y me siento á la mesa del té, en mi alta silla de niño; es ya muy tarde y hace ya rato que me he bebido mi taza de leche con azúcar. El sueño cierra materialmente mis párpados, mas yo no me muevo de mi sitio, me quedo donde estoy sentado y escucho. Cómo no escuchar? Mamá está hablando con alguno, y es muy dulce el sonido de su voz, muy agradable. Tan sólo el sonido habla tan intensamente á mi corazón! Con mis ojos medio cerrados por el sueño, me quedo mirando su rostro con fijeza, y de pronto va haciéndose pequeño, pequeño... no mayor que un botón, pero le veo con una limpidez extraordinaria y veo que me mira y se sonríe. Me gusta ver tan pequeñita su cara. Voy cerrando todavía más los ojos, y entonces se me figura no mayor que esas pequeñas imágenes que vemos en el fondo de las pupilas. Mas, ay! de pronto remuévome en mi silla y el encanto queda roto. Cierro todavía más los ojos, me vuelvo á un lado y á otro; por todos los medios que me sugiere mi infantil ingenio intento rehacerlo, pero todo es en vano,

me levanto y poniéndome como de rodillas me instalo lo más cómodamente que puedo en el sillón.

—Vas á dormirte otra vez, Nikolenka—me dice mamá;—harías mejor en subir á acostarte.

—Es que no quiero todavía dormir, mamá,—contesto; y unos sueños muy vagos, pero muy dulces, me llenan de nuevo la imaginación; el bueno y confortante sueño de la infancia cierra otra vez mis párpados, y al cabo de un momento me quedo dormido, permaneciendo en la misma postura hasta que me despiertan... A veces siento, á través de mi sueño, que una mano me acaricia tiernamente, y aún durmiendo reconozco esta mano; la tomo y apretándola muy fuerte, muy fuerte la llevo amorosamente á mis labios.

Todo el mundo se ha retirado ya; únicamente una bujía queda encendida en el salón. Mamá dice que ella misma me despertará... se sienta en el propio sillón donde estoy yo dormido, y pasa su mano fina y suavísima por mis cabellos y mis mejillas y hasta oigo el murmullo de su voz bien conocida y encantadora:

—Anda, levántate, hijo mío; ya es tiempo de ir á la cama.

Ninguna mirada indiferente ó fría la contiene; no teme ya derramar sobre mí toda la ternura de su amor. Yo ni siquiera me muevo, pero aprieto su mano con mayor fuerza todavía.

—Levántate, angel mío.

Con su otra mano me acaricia el cuello, y moviéndolos con rapidez sus dedos cosquillean suavemente mi piel. La cámara está silenciosa y medio á oscuras; mis nervios se hallan excitados por el cosquilleo y por el despertar, todo á un tiempo; mamá está junto á mí, me toca, siento su perfume, oigo su voz... Echo de pronto un brinco, con mis brazos rodeo su cuello, ella aprieta mi cabeza contra su pecho y yo murmuro:

—Oh! mamá, oh! mi queridísima mamá, cuánto te amo!

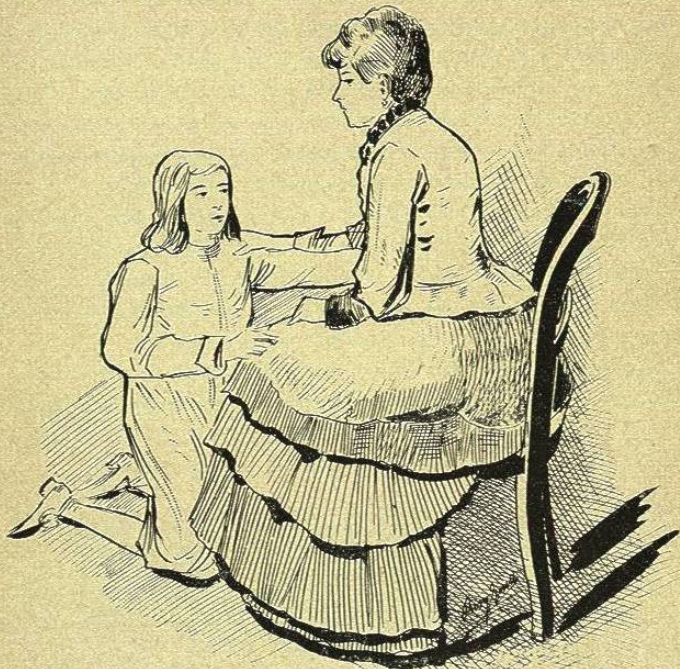
Ella sonríe, con su triste y encantadora sonrisa; con sus dos manos coge mi cabeza, la pone sobre sus rodillas y me besa en la frente.

—Pues es verdad que me amas mucho, mucho?—Cállase un momento, y después añade:—Amame siempre así, no me olvides jamás... Cuando haya dejado tu mamá de ser, tú no la olvidarás!... Verdad que no la olvidarás, Nikolenka?

Y al decir estas últimas palabras, me besa con mayor ternura todavía.

—Vaya, no digas eso, palomita, alma mía!—exclamo besando sus rodillas, mientras las lágrimas fluyen de mis ojos lo mismo que dos riachuelos... pero son lágrimas de amor y de felicidad.

Cuando después subo á mi cuarto y me arrodillo ante las imágenes sagradas, con mi sola ropa de dormir, invade mi espíritu un extraño sentimiento al pronunciar estas palabras: «Señor, guarda la vida de papá y mamá!» Y cuando repito las plegarias que balbucie-



ron por primera vez mis labios de niño, aprendiéndolas de labios de mi madre, mi amor por ella y mi amor por Dios fúndense extrañamente en un mismo éxtasis.

Después de los rezos, me meto en la cama, y siento entonces mi alma sosegada, diáfana, ligera; y desde aquel punto unos sueños suceden á otros sueños; todos tranquilos y apacibles y, aunque vagos é imprecisos, todos rebosantes de amor, de un amor puro, y animados por la esperanza de una felicidad sin nubes. Algunas veces sueño en la suerte triste de Karl Ivanovitch—el único hombre infeliz que yo conozco,—y es tanta la pena que me causa y le amo tanto, que las lágrimas inundan mis ojos y digo: Dios le dé la dicha, y me dé á mí la posibilidad de socorrerle y de aliviar su dolor... Y

entonces me siento capaz de todo sacrificio por él. Tomo después mi juguete favorito—un conejo ó un perrito de fayenza—lo coloco con mucho cuidado junto á mi almohada de plumas y me quedo admirado de lo bien que ha de estar allí y lo calentito. Ruego otra vez á Dios para que dé la felicidad á todos, para que estén contentos todos, y que mañana haga un día bueno para salir á paseo; me vuelvo del otro lado, se mezclan todos mis pensamientos, mis sueños se confunden, y me duermo dulcemente, tranquilamente, todavía el rostro humedecido por las lágrimas.

Candor, falta de todo cuidado, necesidad de amar, fe de la infancia, os hallaré otra vez algún día? Qué otra época de la existencia puede ser superior á aquella en que las dos mejores virtudes—la alegría inocente y la necesidad ilimitada de amar—son los únicos resortes de la vida!...

A dónde fueron aquellas ardientes plegarias y—oh! don precioso—aquellas purísimas lágrimas de ternura? El ángel consolador acudía á mí sonriente, enjugaba mis lágrimas é inspiraba sueños dulcísimos á mi inocente imaginación de niño.

La vida, después, dejará en mi corazón tantas penas y amarguras que para siempre se habrán alejado de mí esas lágrimas y esos impulsos generosos, no quedando en su lugar más que su recuerdo y su añoranza?